

## ***Laudato Si': algunos desafíos teológicos para una mejor convivencia en el planeta***

Ivone Gebara

### ***RESUMEN/ABSTRACT***

Este texto, reconociendo la importancia de la Encíclica *Laudato Si'* para nuestros días, abre un diálogo crítico con ella. El diálogo se fundamenta en la constatación de una desproporción e incompatibilidad entre los argumentos científicos presentados en el texto y la teología que pretende fundamentar esas contribuciones desde el magisterio de la Iglesia. Por eso, podemos hablar de una ambigüedad teológica presente en el texto, así como una ambigüedad antropológica y cosmológica. En este sentido, las propuestas de superación del antropocentrismo radical denunciado por el Papa Francisco parecen insuficientes para abordar los actuales desafíos que el nuevo rostro del mundo presenta. De forma especial, el texto nos invita a una revisión de los contenidos presentes en la metáfora “Dios”, así como en la metáfora “universo”, en el intento de superar dogmatismos e ingenuidades en relación a una cosmología y una teología que quieran incluir las nuevas adquisiciones de la humanidad.

### ***Introducción***

Hay un hábito cultural muy común en las élites intelectuales católicas de comentar los textos papales para buscar en ellos la confirmación o la inspiración para los desafíos de nuestro tiempo. Esa búsqueda, más allá del valor que tenga el texto, se fundamenta de modo particular en la necesidad de obtener para nuestras acciones una legitimidad que procede de la máxima autoridad de la Iglesia Católica Romana. Dicho de otro modo, consideramos el texto de un Papa como la referencia magistral para las acciones de las comunidades católicas diseminadas por el mundo. Pasamos de la lectura del texto a las interpretaciones del mismo y al modo como aplicarlo a las diversas realidades que constituyen la vida de nuestras comunidades. Actuamos como si el texto, más allá de las realidades que nos rodean y de las cuales cada uno y cada una somos, a su manera, actores y autores, nos pudiese dar respuestas o aliento para enfatizar en la importancia de actuar en una dirección o en otra. Queremos que el texto inspire una acción en favor de un objetivo esperado o que critique una situación que creemos insostenible para la vida humana en un contexto dado. O incluso pretendemos convertir el texto en un marco histórico que indica una transformación en relación a posturas anteriores de las autoridades de la Iglesia, como si trajese una novedad anunciada para tiempos nuevos. Sucedió así, por ejemplo, con los documentos del Concilio Vaticano II, de las Conferencias de Medellín y Puebla en América Latina y con algunas encíclicas de diferentes pontífices. Pensamos en esos textos como marcos históricos que contienen síntesis y orientaciones para un tiempo nuevo que puede ser vivido mundialmente en las diferentes comunidades. Quienes lo afirman así, una vez más, son los intelectuales de la

Iglesia o algunos líderes que se arriesgan a hablar en nombre del “Pueblo de Dios”, creyendo que este mismo pueblo llevará adelante tan precioso mensaje.

No es solamente esta confirmación de orientaciones o de posturas pastorales y teológicas lo que se busca en el texto. Están también aquellos que los utilizan para criticarlos o para reforzar posturas conservadoras representadas por movimientos que podrían ser considerados políticamente de derechas. De éstos no me ocupo en este texto, pues sus acciones son bien conocidas en el pontificado de Francisco.

Lo que podemos constatar es que, después de unos años, se inicia la fase crítica del documento o de una encíclica diciendo que las cosas cambiaron y que en aquella situación no se consiguió percibir esto o aquello. Muchas veces polemizamos y en seguida pasamos a la fase de las relecturas, de los complementos, de los ajustes y mucho más. Este es un procedimiento que encontramos no solamente en las iglesias, sino en la historia de todas nuestras instituciones y de nuestros conocimientos.

Debemos considerar otra forma de lectura de los textos de la autoridad eclesiástica. Una lectura *crítica inmediata al texto*, que incomoda por su inmediatez y por representar una mirada contemporánea diferente sobre una realidad a la cual el texto se refiere. No se trata de negar o desvalorizar el texto o el documento en su conjunto, sino de abrirnos a una sensibilidad diferente que, por su diferencia, incomoda a los que buscan en los textos eclesiásticos nuevas seguridades para sus comportamientos habituales. Esta mirada subraya la perspectiva de aquellos a los que les hubiese gustado que el texto papal fuese un más allá, que introdujese nuevas formas de ver el mundo o la problemática sobre la que está tratando. Esa lectura quiere una visión a partir de otro punto de vista, no menos intelectual y plausible que el texto papal; quiere subrayar la diversidad de percepciones y ayudar a actuar, tal vez, de una forma más eficaz, ya que se abre a la perspectiva de otro público sobre una misma cuestión. Es en esta línea que me gustaría introducir, de manera breve, mi reflexión, marcada por una lectura teológica ecofeminista del texto. Intento articular la percepción feminista a la percepción ecológica en relación a *Laudato Si'*. Quiero, sobre todo, abordar algunas cuestiones presentes en el texto que pueden, tal vez, confundir o revelar visiones ambiguas y contradictorias de la realidad ecológica y social.

Mi reflexión no será la de una especialista científica en ecología en su diversidad de aportes, sino la de alguien que piensa el lugar de los seres humanos y de su vivencia religiosa, teológica, en referencia no solamente al texto del papa sino, sobre todo, frente a la compleja realidad que nos rodea y envuelve. Además, pienso esa realidad como mujer formada en la tradición católica, participante de la teología de la liberación, del feminismo y ecofeminismo en la complejidad de todas esas pequeñas, pero significativas, producciones culturales de nuestro tiempo. Desde ese lugar, observo la vida de la Iglesia plagada de discursos contradictorios y de prácticas anacrónicas, expresiones de los conflictos de poder que existen y de los cuales, aunque no siempre lo admitamos, participamos. Basta constatar lo que los medios de comunicación han divulgado últimamente en relación a las reacciones de obispos y cardenales a las posiciones del Papa Francisco. Y no solo ellos, sino también grupos de laicos que se sienten profundamente incomodados con la proximidad del Papa a los excluidos del mundo. Es entonces cuando nos damos cuenta de que una Encíclica es apenas una carta y que son los fieles los que la siguen fielmente o no si sus vidas ya están, de uno u otro modo, pautadas en esos valores

o en otros. Una encíclica revela los conflictos internos que existen en el gobierno de la Iglesia y en las comunidades católicas, poniendo en evidencia que la autoridad del Papa es confrontada a la autoridad de otras fuerzas que actúan en la administración eclesiástica para que ciertas posiciones del pontífice sean, en cierto sentido, congeladas o terminen siendo inactivas en el seno de la comunidad católica. Sin duda, en esa babel de poder, hay también otras fuerzas que confirman las posturas de Francisco y otras que quieren, incluso, que avance más aún. Todo esto nos permite darnos cuenta cómo somos conducidas/os por fuerzas y herencias que nos anteceden y por posturas que van más allá de las teologías vigentes, poniendo de relieve en nuestra propia reflexión la interdependencia, la mezcla, los conflictos y la relatividad de nuestros pensamientos.

### ***1. La ambigüedad ecológica de la teología de Laudato Si'***

Una de las cuestiones que me llamó más la atención en la lectura del texto papal fue la distancia que existe entre las evidencias económicas, sociales y científicas en torno a la destrucción del planeta y al cambio climático y la teología presente en el texto. Llamo teología en este texto al intento del papa Francisco de justificar algunas constataciones actuales y algunas propuestas de comportamiento a partir de “un personaje” que parece mostrar y legitimar las denuncias y los anuncios más conformes a Su Voluntad e identificadas con el Bien Mayor. Sin duda ese personaje es Dios. Me atrevo a llamarlo personaje porque es así como aparece en el texto. Aunque el rostro de nuestro mundo de hoy se presente envuelto en una enorme complejidad, destructiva y constructiva al mismo tiempo, la teología del Papa repite el mismo método deductivo y la jerga “*Dios hizo, Dios dijo, Dios reconoce, Dios amenaza, Dios condena, Dios decide, Dios pregunta, Dios ordena*”. Podemos ver muchas otras afirmaciones similares presentes en el texto. Hay un “uso de Dios”, revelando una posesión de su querer y su actuación en el mundo que acaba debilitando las reivindicaciones ecológicas de Francisco. Si por un lado se ha provisto de muchas informaciones científicas, no lo ha hecho igualmente de informaciones del pensamiento teológico crítico contemporáneo. Hay una inadecuación críticamente visible entre un discurso y otro. De ese modo, tal vez sin darse cuenta, Francisco hace de la teología un discurso extraño en relación a las muchas afirmaciones e informaciones científicas que nos ofrece. Francisco utiliza a Dios, la Biblia y la tradición de los papas anteriores para justificar y dar más fuerza a sus argumentos. Así, quizá no intencionalmente, pero desde un punto de vista de argumentos, se erige en intérprete de las voluntades divinas y se presenta no ya como quien habla, sobre todo, en nombre propio, sino en nombre de Dios o como su representante. Pero, qué Dios sería ese? En un mundo tan diverso y dirigiéndonos, además, no necesariamente a los cristianos, su teología podría ser más cuidadosa al hacer uso de la palabra Dios, de las palabras sobre Dios o del uso de la Biblia en el discernir las situaciones del mundo contemporáneo. Aparte de eso, su teología no expresa la necesaria coherencia que exigen los nuevos descubrimientos científicos que él mismo apunta a lo largo del texto. La toma casi como solución a muchos problemas sin abordarla a ella mismo como un problema más entre otros muchos. ¡Sí, la teología enseñada en la Iglesia es también un problema en el “estado actual” de degradación y destrucción del planeta!

La antigua articulación entre ciencia y fe parece ser olvidada o, mejor, abordada de forma anacrónica. Las viejas explicaciones teístas a partir de una especie de amorosa voluntad divina ya no se sostienen más en un universo cada vez más complejo que se impone delante de nosotros a través de la vida cotidiana y del conocimiento. Hay una especie de temor y de testarudez, sin duda relacionados con formas de comportamiento cultural y de ejercicio del poder religioso, que impiden que surja en los muros de la Iglesia otra configuración mental y afectiva de la transcendencia que nos rodea y nos envuelve. El modelo jerárquico patriarcal presente en la teología contradice muchas veces de forma flagrante los esfuerzos para vivir en una perspectiva de interdependencias e interrelaciones necesarias al equilibrio de muchos de los ecosistemas que nos constituyen. No nos damos cuenta de que el modelo ecológico sostenible de sociedad exige, igualmente, un modelo sostenible de teología y de ejercicio del poder religioso incluyendo la diversidad y la complejidad de muchos grupos que viven problemas y desafíos diferentes.

Algunas afirmaciones de Francisco necesitan ser retomadas y reflexionadas críticamente por la comunidad cristiana. Apenas a título de ejemplo, cito algunas de ellas.

*(...) “Entre los pobres más abandonados y maltratados se encuentra nuestra tierra oprimida y devastada, que está ‘gimiendo como en dolores de parto’ Rm, 8,22. Parece que nos olvidamos que nosotros también somos tierra” (Laudato Si’, 2)*

La impresión, aunque esta no sea tal vez la intención del Papa, es todavía la de percibir la Tierra como un objeto entre otros o como una pobre entre los pobres del mundo, incluso aunque se afirme que “nosotros somos tierra”. No queda clara a lo largo del texto la idea de que la Tierra somos también nosotros. Somos nosotros, entre los diversos seres, los que también emergimos de este planeta en una especie de genealogía y evolución compleja de la materia que nos constituye. Hay todavía una especie de distanciamiento entre la tierra y nosotros que irrumpe en muchos lugares del texto, aunque sea comprensible emplear una distinción cognitiva o metodológica. Los individuos hacemos, de hecho, muchas distinciones, pero esto es inaceptable del punto de vista de la sobrevivencia humana en el planeta y del planeta mismo. La permanencia de un lenguaje tradicional mezclado con algunas innovaciones científicas devela cuán lejos está aún el urgente problema de la salud de nuestro planeta de tocar la teología institucional.

Después, Francisco afirma: *“Lanzo un convite urgente a renovar el diálogo sobre la manera como estamos construyendo el futuro del planeta” (Laudato Si’, 14)*. Esa invitación es realmente urgente, pero también es urgente repensar nuestras categorías teológicas, pues nuestras acciones y pensamientos no pueden oponerse entre sí si abrazamos una perspectiva de búsqueda de equilibrio ecológico o de cuidado real de nuestra casa común. En ese convite, ¿cuál sería el papel de las Iglesias en aquello que tienen de más característico? ¿Cuál sería el papel de las teologías? No tenemos respuestas que apunten para una reflexión diferente a la habitual.

Cuando nos atenemos a los textos más teológicos de Laudato Si’ tenemos la impresión de que el Papa se dirige a una manera de vivir y de entender el Cristianismo Católico Romano dentro de algunos parámetros hasta cierto punto asumidos como inamovibles. Asumir algo como inmutable es asumir posturas y creencias que se mezclan con la mutabilidad de la vida, sirviéndole de parámetros fijos y de orientación. Es como si todo lo que vivimos, hacemos, pensamos dentro del cristianismo estuviese siendo protegido

por un paraguas amplio que nos haya sido concedido o “revelado” de antemano por un ser superior. Podemos movernos, pero siempre debajo de él y obedientes a él.

Los parámetros inamovibles dan forma y sustenta, en cierto sentido, el pensamiento de Francisco, aunque muchas veces sus acciones parezcan huir de ellos. Incluso esos parámetros marcan su *antropología* o su manera de entender a los seres humanos y su relación con Dios. Para mostrar esta mezcla de parámetros antropológicos mutables e inmutables me voy a referir, siempre a modo de ejemplo, al final del párrafo 61 de la encíclica *Laudato Si'*.

El Papa utiliza una frase que no es suya pero la emplea para explicitar algo que tiene en mente y que justifica su citación: ***“Si la mirada recorre las regiones de nuestro planeta, en seguida nos damos cuenta de que la humanidad ha defraudado las expectativas divinas”<sup>1</sup>***.

¿Qué quiere decir que la humanidad frustró las expectativas divinas? ¿Existe una expectativa divina pre-determinada? ¿Quién la conoce? Me atrevo a decir que esta frase revela una visión en la cual Dios, hasta cierto punto antropomorfizado, tendría un plan pre-establecido para la humanidad y que este fue frustrado por los hombres. Sería una especie de traición humana al plan divino como si supiésemos cuál es ese plan, pero aún así lo negamos y, por tanto, lo traicionamos. No es difícil adivinar de que se trata de un plano que exige relaciones de justicia, de sostenibilidad y de respeto a todos los seres vivos en el mismo planeta. Un plan que exige la realización de una especie de orden positivo que es inamovible desde sus inicios. Tampoco es difícil entrever que en esa frase aparece en las entrelíneas el pecado original, el pecado de la desobediencia y de la ruptura de una armonía primitiva. Esa ruptura incluye, para ser sanada, la venida de Jesús, el Hijo de Dios, que nos ofrece el camino para la redención y para la vuelta a la armonía del principio. Podríamos insistir en comentar estas ideas ya bien conocidas, pero creo que es suficiente para que percibamos lo que significa un parámetro inmutable y sus consecuencias actuales. Dicho de otro modo, es como si hubiese algo no sujeto a las transformaciones y movimientos inherentes a la vida y ese algo incluyese o significase un plan de Dios pre-determinado al cual debemos obedecer. Esta postura contradice la perspectiva científica del origen del planeta, de la mutable condición humana y de la complejidad evolutiva de la vida.

Crear y vivir conforme esta creencia inmutable da fundamento a su fe y a su poder en el gobierno de la Iglesia. Pero ¿es posible que desde hace más de dos mil años, o incluso desde la supuesta creación, estemos traicionando los planes divinos? ¿No habría en la reiteración de esta teología, en la repetición de los mismos textos, de las mismas explicaciones, de la misma exégesis una especie de disminución de la propia fuerza creativa de la Tierra en su energía creativa y continuamente en transformación? ¿No estaríamos delante de la interceptación de una idea maestra que controla la mutación y el movimiento de la tierra y que está representada por las autoridades de la Iglesia católica Romana, que tuvieron siempre el papel de jueces de los descubrimientos científicos? ¿No habría en ese inmovilismo de principios teológicos una intención de dominio y de control?

---

<sup>1</sup> *Laudato Si'*, 61. Nota 35: Id. Catequesis (17 enero 2001), *Insegnamenti* 24/1 (2001), 178; *L'Osservatore Romano*. (Ed. Portuguesa de 20/1/2001), 8.

A pesar de eso, creo que es importante recordar que, en el conjunto de doctrinas siempre algunos aspectos que pueden escapar de la ortodoxia por razones de las más diversas. Nuestras doctrinas están siempre atravesadas por otras y por el contexto en que vivimos y muchas veces acabamos viviendo mejor a partir de las herejías que de los pensamientos eclesiásticamente aprobados. Las herejías pueden ser a veces más creadoras de lazos de amorosa justicia que la ortodoxia de las tradiciones.

Todo esto, insisto, es una invitación al pensamiento en ese momento único de nuestra historia!

## *2. La ambigüedad antropológica en Laudato Si'*

Con la ambigüedad antropológica en Laudato Si' nos referimos apenas a algunas dificultades presentes en los diversos comportamientos y roles humanos que la encíclica parece ignorar. Probablemente muchas personas dirán que las ambigüedades son inevitables. Y de hecho lo son, pero algunas representan algo más que ambigüedades comunes en la medida en que fortalecen relaciones de injusticia social y ecológica. La encíclica no distingue en su conjunto los conflictos de la diversidad humana presentes en el fondo antropológico revelado por las cuestiones ecológicas. Por otro lado, al apoyarse en una visión de una verdad única que procede de Dios, posiblemente sin quererlo limita los comportamientos humanos en modelos pre-establecidos, no siempre movilizados de creatividad y de liberación de vida. Le falta la perspectiva de la dinámica de la vida, que siempre es mayor que las leyes establecidas y los dogmas de la religión. Esa perspectiva se funda en el hecho de que muchas de las informaciones sobre los diferentes desastres ecológicos son vividos y explicitados de modos diferentes por hombres y mujeres a partir de una asimetría de género que no ha sido considerada en la Carta del Papa. La encíclica privilegia, casi exclusivamente, las informaciones provenientes de sujetos masculinos. En palabras sencillas, podemos decir que desde el desastre de Chernobyl, por poner un ejemplo, fueron las mujeres, a partir de la necesidad urgente de buscar alimentos para sus hijos e hijas, las que denunciaron explícitamente la construcción de usinas nucleares. No sólo eso: denunciaron también la destrucción de la agricultura familiar, la falta de alimentos confiables, la proliferación de enfermedades desconocidas, la inseguridad emocional en que vivían por causa de proyectos desarrollistas pensados sin los debidos criterios de prevención y salvaguarda de las muchas formas de vida. Las mujeres transgredieron en muchas ocasiones las “órdenes masculinas” de destrucción de las forestas o de plantaciones de eucalipto en lugar de plantíos de frijoles o verduras. Basta acudir a los anales de los movimientos de mujeres en diferentes países para percibir el contenido de muchas de sus luchas. Muchas fueron asesinadas, otras fueron condenadas a prisión por su compromiso en favor de muchas vidas y de la vida del planeta. Nada de eso aparece en el texto.

La diversidad de iniciativas y de percepciones no se muestra de forma explícita y valorativa en el texto del Papa. Existen razones para ello que pueden ser fácilmente encontradas en la determinación del papel de las mujeres en la sociedad y, particularmente, en las Iglesias. No se manifiesta de una forma clara el alcance de una consideración plural de los roles que se dan en la destrucción de los ecosistemas y de las diversas iniciativas en los procesos de salvaguarda de la vida. Se pone más acento en las

teorías globales científicas sin enfrentar las prácticas de sobrevivencia inherentes a la preservación de la vida cotidiana.

En este sentido, a lo largo de la historia de la teología y de las diferentes iglesias, fueron principalmente los cuerpos masculinos los que explicitaron los problemas de la sociedad, las orientaciones para solucionarlos y los contenidos de fe que deberían ser asumidos por los fieles. Y no fueron hombres cualesquiera los que tuvieron esa función ... Eran sobre todo los hombres que hacían parte del clero creían no solamente que representaban históricamente a Dios, sino que eran aquellos seres “privilegiados” o “escogidos”, capaces de administrar las gracias divinas. Las mujeres siempre tuvieron que someterse a la doctrina enseñada y ni siquiera pudieron pleitear el ser parte del magisterio eclesiástico o tener funciones de representación de sus comunidades. Sus voces eran muy poco escuchadas por aquellos que detentaban el poder en la vida pública y eclesial. El límite biológico que se impuso a sus cuerpos por el hecho de no ser hombres las privó, y aún las priva en muchos lugares, del acceso a muchos conocimientos teológicos y de la representación simbólica de lo divino. Aunque esta situación permanezca en la oficialidad de las Iglesias, y particularmente de la Iglesia católica Romana, hay un cambio significativo en el siglo XXI en relación a esa forma de racionalidad y su expresión en las diferentes creencias religiosas. De hecho, el Papa Francisco ha comenzado a percibir algo en esa línea, ayudado por las muchas presiones recibidas de grupos de mujeres. Sin embargo, su postura hacia nosotras, mujeres, continua siendo aún muy limitada y llega a veces a ser infantilizadora e ingenua. A pesar de algunas iniciativas, lo cierto es que las cuestiones relacionadas con los derechos de las mujeres casi no avanzan en la Iglesia Católica Romana.

Muchos grupos de mujeres han percibido a lo largo del siglo pasado y del actual la complicidad de las Iglesias cristianas con muchas de las formas de exclusión, no solamente de funciones en el interior de las Iglesias sino de derechos sociales inherentes a la persona humana de las mujeres y a las obligaciones en relación a nuestra casa común. Fueron los incontables sufrimientos de muchas de nosotras y la consciencia de que parte de la doctrina cristiana transmitida a partir de una lógica jerárquica y patriarcal justificaba nuestra sumisión, motivó la elaboración de las muchas teologías feministas. Y aquí cometo, tal vez, un pecado, dentro de la perspectiva del Papa Francisco, al referirme al feminismo y adherir esa corriente de pensamiento y de acción. En diversos momentos él ha condenado el feminismo, la mayor parte de las veces sin comprender en profundidad la seriedad de su alcance social, político o religioso. Expresa, como otros hombres y también algunas mujeres, la dificultad de una Iglesia patriarcal cuyo poder de mando descansa sobre cabezas masculinas para sentirse aliada y solidaria con los esfuerzos de lucha por la dignidad femenina en este siglo. No consiguen ni pronunciar palabras como “feminismo” de forma positiva, aparte de desconocer casi completamente las tesis feministas contemporáneas y las tesis ecofeministas.

Podemos reconocer un cierto tipo de solidaridad jerárquica masculina cuando se trata de situaciones límites expresadas, sobre todo, en las diversas formas de violencia física, cultural y social contra las mujeres. En estos casos, ajustan su teología y abren espacios para hablar de la dignidad femenina. Sin embargo, muchas formas de exclusión, de desvalorización, de violencia simbólica, de falta de autonomía, de lenguaje excluyente, difícilmente llegan a ser reconocidas, sobre todo cuando suceden dentro de la propia

institución católica. No quieren oír los clamores femeninos de corazón abierto e ignoran que esos clamores son parte de la ecología integral que defienden en la teoría.

En este sentido, lo que percibimos es una especie de “*política de buena vecindad*” que en algunas ocasiones puede resultar útil, pero en otras puede ser pernicioso. En esta política de buena vecindad se incluyen discursos siempre muy generales o universalistas, donde nos referimos ampliamente a acusaciones socioeconómicas o políticas sin nombres propios, sin destinatarios precisos. Se trata de una humanidad difícilmente identificable desde el punto de vista de la responsabilidad social y política. De este modo, todos pueden ser, al mismo tiempo, acusadores, acusados y justificadores unos de los otros aplazando siempre para después la responsabilidad común efectiva. Por ejemplo, el “calentamiento global”, abordado también por el Papa, ha sido un tema “caliente” en la política internacional. Para algunos grupos, los discursos papales no apuntan a los sujetos históricos concretos que son, de cierta forma, más responsables por el fenómeno del “calentamiento global”. Al decir “más responsables”, se admite que todos tenemos responsabilidades pero que algunos las tienen de un modo especial y en mayor intensidad por el lugar que ocupan en la producción de la riqueza capitalista y en el establecimiento de las políticas económicas y sociales de carácter a nivel global. Nos gustaría oír del Papa, y también de los representantes de las Iglesias, una referencia explícita a la responsabilidad, no solo de los llamados países ricos, sino también de los hombres que están al frente de las políticas de destrucción de la fauna, la flora y las poblaciones excluidas. Nos gustaría además que se dedicasen más a analizar la polución nefasta que sus teologías han causado sobre el cuerpo de la tierra y, particularmente, sobre los cuerpos femeninos. La moneda corriente del comportamiento de las autoridades religiosas es el control y la dominación, sutilmente encubiertos con palabras paternales. Se siente una dominación de la “bondad” en muchas actitudes de los jerarcas. Estas posturas degradan y excluyen las mujeres, en sus diferencias y semejanzas, de una participación efectiva en los caminos de la Iglesia y del mundo.

En la misma línea de la política de buena vecindad, es necesario tener claro que existen algunas personas o grupos o países que están a la cabeza de las grandes industrias de producción de armamento, de la agricultura mantenidas con agrotóxicos, de las industrias farmacéuticas que en busca de lucro sacrifican vidas humanas y el medio ambiente. Por exceso del uso de conservantes, las industrias químicas terminan por conservar artificialmente nuestras vidas o por matarnos antes de tiempo. Nos gustaría escuchar que se nombran más explícitamente las responsabilidades, más allá del romanticismo religioso que nos caracteriza. Tal vez esa no sea solo la misión del Papa, sino ***de todos nosotros***. De una u otra manera, abrazando el cuidado de nuestro planeta, deberíamos levantarnos como jueces/zas del mundo capitalista consumista y denunciar el robo de la tierra que se expresa en las diferentes formas de desposesión ejecutadas por los poderes normativos de nuestro mundo. Es una alegría saber que hay grupos que se están organizando para concretizar esos pleitos.

El Papa ha reiterado, de un modo más renovado y simpático, la teología católica del pasado y eso lo torna también simpático, generando en muchos la ilusión de que estamos entrando en un tiempo nuevo, una primavera para la Iglesia Católica Romana. Pero se olvidan de que en esos tiempos difíciles, “una sola *andorinha* no hace el verano”; es decir, la voz del papa por sí sola no cambia las fuerzas de producción y de corrupción presentes



en la globalización actual. No basta, en mi opinión, hablar de los pobres, los miserables y excluidos, de inmigrantes, sino que hay que situarlos, identificarlos y actuar con ellos, incluso asumiendo el riesgo de olvidar muchos grupos. Hay que llamar a los olvidados para que levanten sus voces, porque son partes de un mismo cuerpo que es el cuerpo de la Tierra. Tenemos que escuchar, una vez más, sus reivindicaciones y expectativas para que, de hecho, nos enfrentemos a la complejidad del ser humano que somos nosotros.

### 3. *¿Qué significa superar el antropocentrismo en la práctica de la vida de las comunidades cristianas?*

El Papa denuncia el “*antropocentrismo despótico que se desinteresa de las otras criaturas*” (Laudato Si’, 68). Y usa la Biblia como ejemplo y como fundamento para acciones de respeto con los animales y con otros seres vivos. Es verdad que muchos textos bíblicos, particularmente el Génesis, incluyen toda la creación como obra divina. Pero no siempre la teología eclesiástica siguió esta lógica de inclusión de las diferentes formas de vida como orientación para la vida de las comunidades. Al contrario, sabemos muy bien cómo la teología, en sus múltiples elaboraciones a lo largo de los siglos, descartó “las otras criaturas” y centró su interés exclusivamente en el ser humano y de modo especial en el ser humano masculino. Esto ocasionó, sin duda, el desarrollo de un paradigma teológico poderosamente antropocéntrico y androcéntrico sobre el cual el Papa no se refiere mucho, aunque él mismo viva, en cierto sentido, a partir de él. Es necesario denunciar y sanar esta centralidad antropológica en la teología también en las formas de pensamiento y de acción en la Iglesia.

En el párrafo siguiente, Francisco afirma que “*precisamente por su dignidad única, y por ser dotado de inteligencia, el ser humano es llamado a respetar la Creación con sus leyes internas*” (Laudato Si’, 69).

¿No estaría el Papa, y nosotros también, con esta afirmación, situándonos en una reflexión un tanto ingenua sobre la inteligencia humana? ¿Acaso no es por esa misma inteligencia que nos destruimos mutuamente? ¿No es por el pensamiento que construimos las armas más sofisticadas contra nuestros vecinos, hermanos y contra nosotros mismos? ¿No es, precisamente, por la inteligencia paradójicamente diversificada, que somos capaces de construir trampas a las otras formas de vida y, muchas veces, ofrecerles veneno mezclado con el alimento? ¿No es por la inteligencia antropocéntrica que destruimos florestas, desviamos mares y ríos y matamos la fauna y la flora de una región? ¿No es por la inteligencia que desarrollamos sistemas de lucros y de intereses que acaban llevando a la muerte a millares de personas?

Los discursos genéricos tienen el riesgo de ignorar que nuestra inteligencia, voluntad, sentimientos y emociones aparecen siempre mezclados y no nacen formados, aparte de no ser iguales para toda la especie humana. Como dice Thomas Berry, “*en los seres humanos, el código genético establece apenas algunas direcciones, libertades e inteligencia que necesitan ser activadas para cumplir algunas determinaciones*”<sup>2</sup>. Por

---

<sup>2</sup> Berry, Thomas. *The dream of the Earth*. Sierra Club Books: San Francisco 1988, p. 93.

eso, la inteligencia necesita ser educada por el conjunto de la vida para ser respetuosa de lo “próximo” en su diversidad vital.

La especie humana, más allá de organizarse en pueblos, naciones o creencias religiosas, es parte de la comunidad de vida en la Tierra. Estamos genéticamente conectados a toda la comunidad de los seres vivos originados por un mismo impulso originario. Y en este impulso convive la construcción positiva con la negatividad, la fuerza destructiva que caracteriza nuestra lucha animal por la sobrevivencia. La inteligencia se inscribe en esa mezcla compleja que nos constituye.

Además, y volviendo al texto, ¿por qué hablar de “*dignidad única*” del ser humano, cuando en realidad vivimos en una interdependencia sin la cual no sobreviviríamos. Podemos incluso decir, como dicen algunos, que “*somos el pensamiento de la tierra*”, pero un pensamiento que solamente sobrevive porque vive de todo lo que es vivo en la Tierra.

No se tratar de colocar escollos al pensamiento del Papa ni de entrar en sutilezas semánticas, sino de mostrar cómo nuestro lenguaje y nuestras emociones se articulan a partir de concepciones que hemos heredado del pasado y que precisamos de tiempo y de ayuda mutua para transformar nuestros antiguos paradigmas en nuevos y más adecuados para pensar la vida a partir de otras referencias.

Este mismo antropocentrismo teológico se ha desarrollado también en la Cristología, a partir de la cual la salvación humana está colgada en la cruz del único hombre crucificado por amor. Y ese Crucificado fue crucificado por nosotros, seres humanos. Es solamente para nosotros que se abre la esperanza de la vida eterna, silenciándose todo el rescate de la diversidad de la Creación a través de la dignidad de la vida presente. Nosotros venceremos a la muerte, el “último enemigo”, pero el mundo natural perecerá aunque nos haya dado y continúe dándonos la vida y el alimento.

Por tanto, el antropocentrismo está inscrito en la teología de la Iglesia católica, una teología jerárquica, eminentemente masculina, que juzga y excluye personas y grupos de la comunión y de las responsabilidades eclesiales y sociales. Por eso decimos que la antropología teológica que preside la mayor parte de las posturas de la oficialidad de la Iglesia Católica Romana procede aún de una visión jerárquica que privilegia lo masculino como primera imagen de lo divino. Es una antropología androcéntrica. Y en ese androcentrismo, privilegia lo divino como imagen histórica masculina, con todas las consecuencias culturales y sociales que este privilegio ha ocasionado. Aparte de eso, se justifican esas posturas como “*revelación divina*” escondiendo las limitaciones enormes de percepción de la realidad del mundo humano y natural que nos constituye. Estos límites impiden el diálogo con los diversos grupos que también se sienten parte de la tradición de Jesús de Nazaret, interpretada siempre desde la novedad y no a través de referentes filosóficos antiguos y medievales.

Muchas teólogas feministas en diferentes países han trabajado para recuperar y construir colectivamente un cristianismo ético inclusivo que, sin duda, está marcado por tradiciones plurales presentes ya en sus orígenes. Transforman, así, la percepción masculina, considerada única, introduciendo la diversidad de miradas, pensamientos y vivencias.

A través de estos pocos ejemplos podemos afirmar que la teología cristiana católica necesita recuperar la dimensión cósmica y ecológica<sup>3</sup> a partir de una antropología capaz de escuchar la diversidad de los seres humanos intrínseca y extrínsecamente unidos a todos los seres vivos. Y en esta perspectiva reconfigurarse a partir de las referencias que hablan al complejo mundo de hoy. Sin duda, esto nos llevaría a rever nuestro Credo, ajustándolo a las múltiples formas posibles y temporales de expresión de nuestros valores.

#### 4. Dios, una metáfora<sup>4</sup>

El uso de la palabra dios en los documentos del Papa, también en la *Laudato Si'*, es como una consecuencia tranquila del pensamiento. Es como si hablar de Dios fuese una evidencia. Si nos detenemos un poco más sobre el uso de esa palabra en los documentos pontificios, ella aparece como una *metáfora* del poder más elevado, del amor puro, de la justicia en su más alto nivel, del bien supremo,... Pero esa metáfora también revela algo espantoso. Primero, revela una especie de conflicto de los seres humanos con sus propios límites, expresando siempre el deseo de anhelar lo máximo de lo que se juzga ser bueno para la especie. En segundo lugar, revela que estas afirmaciones provienen especialmente del mundo masculino, habituado a los conflictos históricos de poder y, en consecuencia, capaces de crear, por lo menos con el pensamiento, un ser capaz de superar todos los poderes y manifestar ese poder a través de ellos. Manifestar ese poder sobre todo a través de un lenguaje poderoso que habla en nombre de un ser absoluto que preside la vida en la tierra y en los cielos, que domina el universo y que tiene toda la creación bajo sus pies. ¿No sería esto una expresión de los sueños humanos de omnipotencia?

Además ese ser, el Altísimo, el Absoluto, el Inmutable, que preside todos los mundos conocidos y desconocidos, que conoce todos los pensamientos, que sabe hasta cuántos cabellos existen en nuestras cabezas, ese Magnánimo y Poderoso es un Señor cuyo rostro histórico es, fundamentalmente, masculino!

Precisamente esa metáfora poderosa es una metáfora anti-ecológica, contraria al mundo de la naturaleza y a su constante evolución. Es una metáfora que contribuye para la destrucción del planeta, para el fortalecimiento de un antropocentrismo jerárquico con poderes dictatoriales.

¿Por qué no nos abrimos a otras metáforas para expresar el misterio que envuelve la vida de los más diversos seres? ¿Por qué no expresarnos con palabras móviles que no corren el peligro inmediato de dar fuerza a palabras emanadas de simples hombres armados con poderes religiosos institucionales? ¿Por qué no usar palabras que les retiran la representación de lo divino políticamente entronizado?

Evidentemente, este cambio cultural no es simple porque nos habituamos a un personaje que sabe todo, preside todo, determina todo y del cual se espera la vida y la muerte. Intentar salir de esa idea de Dios como el controlador del universo y, sobre todo, del mundo humano, para ir a la idea de la fuente de vida, del viento, del aire que respiramos,

---

<sup>3</sup> Ver: Johnson, Elizabeth. *Ask the beasts. Darwin and the God of Love*. Bloomsbury, London, 2014.

<sup>4</sup> Sobre este tema, leer: McFague, Sallie. *The body of God. An ecological theology*. Fortress Press, Minneapolis, 1993.

... Educarnos para acoger la diversidad de la vida, de los diferentes momentos y situaciones, de los diferentes seres que están ahí respirando la vida con nosotros en este momento único. Más allá de las ideas de causalidad y de finalidad, por las cuales necesitamos de un punto inicial y de un punto final, acoger la idea de la transformación permanente de la vida, de todas las vidas y quedarnos en silencio delante del **misterio** que nos habita. En el fondo, sabemos muy poco... Simplemente acoger ese no saber, esas incertezas, la fragilidad de la belleza y de la alegría de cada día. Una postura nueva y diferente va a exigir muchos años de educación y de un cambio progresivo de los poderes de organización y representación en nuestras comunidades.

### 5. *El Universo, realidad viva y metáfora en evolución*

A veces, tenemos la impresión de que los discursos teológicos que oímos en las iglesias hablan del **universo** como una cosa, como un objeto casi descriptible creado por Dios. Llegamos incluso hasta a identificar el universo con una noche estrellada donde podemos distinguir planetas, satélites y estrellas. Todo parece calmo y tranquilo, suscitándonos deseos de tranquilidad y paz. Hoy, sin embargo, la ciencia nos traslada una extraordinaria y espantosa imagen del universo o una metáfora del universo como realidad en transformación y en expansión. Y esa evolución parece cargada de explosiones violentas que permitieron emerger nuevas configuraciones hasta la irrupción de la vida, llegando después hasta la vida humana. Ese universo viene marcado por convulsiones que lo transforman y lo muestran en permanente evolución creando nuevas configuraciones. Con los medios actuales de la tecnología de la comunicación podemos tener algunas ideas de esa evolución, pero no la podemos ver directamente. Sentimos el impacto de algo enorme y apasionante cuando vemos alguna película que narra los orígenes de nuestro planeta. En realidad, aún no sabemos mucho de todo esto. Por eso, para mucho es más sencillo repetir el sistema bíblico de la creación en siete días que llevó a Dios a descansar en el séptimo día y contemplar la belleza de su obra. Mientras tanto, desde mitad del siglo XX, las teorías del *big bang* van llegando al gran público y poco a poco vamos saliendo de la metáfora armónica del universo. Imaginábamos una serena armonía de la creación divina del universo, de la tierra y de los seres humanos, y esa armonía tranquila era imaginada como el ideal a ser alcanzado. Hoy ya somos conscientes de la presencia violenta de esos procesos creativos, acompañados al mismo tiempo de mucha belleza.

De cierta forma, toda esa violencia también quedó inscrita en nosotros y somos capaces de reproducirla unos contra otros y con la Tierra, planeta del cual también somos cuerpo.

Estamos viviendo en nuestros días un enorme proceso de destrucción planetaria del “mundo natural”. Esta destrucción se manifiesta por las sequías prolongadas, la falta de lluvia, inundaciones, depredación de los bosques, extinción de especies animales y vegetales, contaminación de ríos y mares y una infinidad de otros actos de violencia que estamos cometiendo. Y esto porque creemos que todo puede y debe servir a las necesidades del ser humano, considerado el punto de convergencia del planeta. Sin embargo, de hecho, no sirve a todos los seres humanos, sino exclusivamente a los privilegiados del darwinismo social que nos caracteriza. Es evidente de que todos esos procesos no dependen solo de la acción humana, pero en los últimos siglos las acciones

humanas han dominado y domesticado hasta el límite las fuerzas de la tierra. Hay una confluencia de fuerzas que necesitan ser consideradas.

¿No sería éste el momento para poder abrirnos a una metáfora viva del universo como *nuestro cuerpo, cuerpo de Dios*, diluido en la complejidad y la exuberancia de todo lo que alcanzamos a ver y vislumbrar? Conseguiríamos así una inclusión de la trascendencia no solo en la verticalidad, sino también en la horizontalidad y circularidad de nuestras múltiples relaciones. La experiencia de la trascendencia se da en cada momento de la vida en la medida en que percibimos que las individualidades o las singularidades no subsisten por sí solas. Somos individuos colectivos, no sólo entre nosotros sino también en la colectividad de la Tierra y del universo.

El poder humano viene sometiendo exageradamente el planeta a sus necesidades y, en cierto sentido, podemos decir que estamos dominando las fuerzas vivas del planeta y tornándolo dependiente de nuestra voluntad y de nuestra ganancia. La conquista física de la tierra se articuló con la conquista de los pueblos y de sus culturas y hoy llega a límites inimaginables, puesto que nuestros conocimientos científicos llegaron a poder destruir nuestras vidas sin dejar ningún vestigio de ellas. Nuestra beligerancia o nuestra conflictividad ha llegado a extremos y en ese contexto histórico no se trata apenas de salvaguardar la vida humana o la vida de una floresta, sino de un proyecto colectivo de salvación de la tierra como comunidad viva de muchos seres vivientes.

Por eso, cada vez más hombres y mujeres hablan de la urgencia de formar una “*comunidad internacional única y diversificada*”, más allá de las antiguas divisiones nacionalistas, para conseguir nuestro bien y el bien del planeta azul. Por eso, las cuestiones que se refieren a la destrucción de la Tierra y de sus diferentes especies se convierten no apenas en cuestiones de orden antropológico, biológico, geológico o ecológico, sino en cuestiones de sobrevivencia común. Los seres humanos somos apenas una dimensión de la Tierra y la Tierra es una mínima expresión del universo y el universo invita al silencio y a contemplar el misterio mayor en el que vivimos y somos y del cual muy poco sabemos. Para nosotros, además, creyentes en un Misterio Mayor que nos envuelve, se nos presenta como una exigencia teológica el releer nuestras tradiciones religiosas a la luz de los nuevos desafíos que la vida y el conocimiento nos imponen.

Atraverse a pensar el mundo y la vida humana a partir de esos nuevos desafíos es una tarea que debe comenzar hoy y es una tarea sin fin, puesto que somos parte de un sistema cósmico en expansión y nuestro planeta vive en ese y de ese sistema. Esta misión toca también a nuestras iglesias y teologías. Acogerla, y acoger la “Fuente” o la “explosión estelar” que nos engendró y nos hizo participar de esa vida. Es ella la que nos hace esa invitación a dejarnos atraer por las fuerzas creadoras del espíritu que no puede ser contenido por ninguna doctrina, sino que sopla donde quiere y continua su curso más allá de todos los dogmas y de todas las previsiones.

### ***Breve conclusión***

Al concluir este texto, puedo decir que la “mezcla” y los conflictos que anuncié en la introducción pudieron percibirse en el desarrollo de la reflexión. Sin pretensión alguna de presentar un nuevo modelo de pensamiento ecológico-teológico, intenté insistir en

aspectos críticos que me parecen importantes pero olvidados o silenciados en la encíclica de Francisco. Intenté tejer y fortalecer reflexiones mostrando la complejidad de la vida y, sobre todo, la dificultad de la teología tradicional para responder al momento actual.

Nuevos procesos de reflexión sobre nuevas tradiciones se hacen urgentes para no traicionar la vida que está en nosotros. Los antiguos ya nos decían que en toda transmisión de tradiciones hay también traiciones. Las traiciones tienen muchos caminos. Algunos quieren quedarse siempre en el mismo camino, convencidos de la universalidad rígida de ese modelo humano. Otros prefieren decir una palabra diferente para mostrar la grandeza del dinamismo humano. Caminos, muchos caminos ... Me gustaría posicionarme en las traiciones que apuntan a la novedad, la transgresión creativa como respuesta a la múltiple necesidad del momento. Por eso, perseguir y silenciar los pensamientos juzgados como traiciones es, de cierto modo, matar la vida nueva que surge. Creo en la imposibilidad de mantener intacta una Tradición si la queremos viva, porque sólo puede vivir en las nuevas traiciones/tradiciones que responden al momento actual de la vida. Por este motivo la teología feminista desarrolló el "*método de la sospecha*" cada vez que el protagonismo femenino en las comunidades cristianas no estaba presente en los discursos oficiales. Y ahora, desde la perspectiva ecofeminista, ya no se trata apenas del protagonismo femenino, sino de abrirnos también para una visión más inclusiva de la centralidad y la diversidad de la vida que percibimos en el momento de hoy, en el tiempo que se llama hoy.

Para eso necesitamos proponer procesos educativos lentos y eficaces que construyan y reconstruyan en nosotros una nueva sensibilidad y una nueva racionalidad. Necesitamos darnos las manos para vencer los miedos, aunque sepamos que ellos son parte de nuestra frágil constitución.

Sentir la vida ... Pensar la vida ... Creer en la vida ... Amar la vida ... Dándonos las manos, entrelazadas, buscando siempre lo nuevo ...

**Ivone Gebara, septiembre de 2016.**